

# Servilleta de papel

POR SONIA EHLERS PRESTÁN

¡Uff!, ¡qué frío! Era una típica tarde parisina. Le apetecía un chocolate caliente.

Se dirigió al bistro de la esquina de la calle de George V. En la esquina de enfrente estaban estacionados algunos taxistas sentados en Mercedes Benz esperando por clientes. En uno de los autos, estaba muy sentado un perro viendo a través de la ventana, mientras que su dueño, parado a un costado, fumaba un cigarrillo.

Caminó despreocupado hasta el bistro; la mayoría de las mesas estaban ocupadas como de costumbre. Se sentó en la única mesita disponible de la esquina, ¡qué suerte!, era su rincón favorito; era una mesita con una sola silla. Mejor, así no se sentaría nadie a su lado. Pidió un chocolate al mesero que ya lo reconocía, pero que no se permitía hacer más que un gesto ligero evitando intimar. Así era la gente de ciudades grandes.

Mientras esperaba, sintió la necesidad imperiosa de escribir. Lo único que tenía a la mano para hacerlo era una servilleta de papel que estaba dentro de una copa en el centro de la mesita.

La cogió y sacando su lápiz comenzó a escribir en aquel pedazo de papel: estoy en esta ciudad ...que dicen es de las luces, donde el

arte se vislumbra en cada rincón, donde las luces brillan hasta el amanecer, donde las musas están por doquier. La he recorrido de cabo a rabo, sin embargo, me siento vacío. Me faltan los ruidos domésticos, el llanto de los niños, el abrazo del amigo, la carcajada espontánea de algún comensal. Los museos, los teatros, los monumentos, todos, los he visitado una y otra vez.

El mesero se acercó con un humeante chocolate.

—Voilà, monsieur.

—Merci, monsieur.

Dejó de un lado la servilleta garabateada; se dedicó a beber su chocolate.

Los clientes entraban y salían con caras inexpresivas o ceños fruncidos. Al terminar, se levantó, canceló su consumo, y abandonó el bistro.

Iba cavilando por aquellas calles bien trazadas, evitaba pisar algún recuerdo olvidado por algún perro. De pronto, recordó que había dejado la servilleta con sus notas. Bueno, pensó, nadie la notará, seguramente el mesero la recogerá y la botará. Es lo normal.

Pasó aquella noche recorriendo las calles cercanas al *Folie Berger*. Siempre le gustó ver la gente que hacía filas para entrar a ver a aque-

llas mujeres de anatomías perfectas quienes, realzadas por la fantasía del juego de luces, danzaban acompañadas por músicos profesionales.

Al día siguiente, como acostumbraba, se dirigió a su bistro predilecto; se sentó en aquel rincón de costumbre. En esta ocasión, pidió un capuchino. Miraba aburrido a su alrededor. De pronto, posó su mirada en el servilletero: había una servilleta con algo escrito. Decía:

“Leí tu nota; veo que no soy la única persona aburrida en esta ciudad de las luces. Vine a estudiar filosofía a París, estoy contemplando la posibilidad de irme a España. No sé, es una idea que estoy sopesando”.

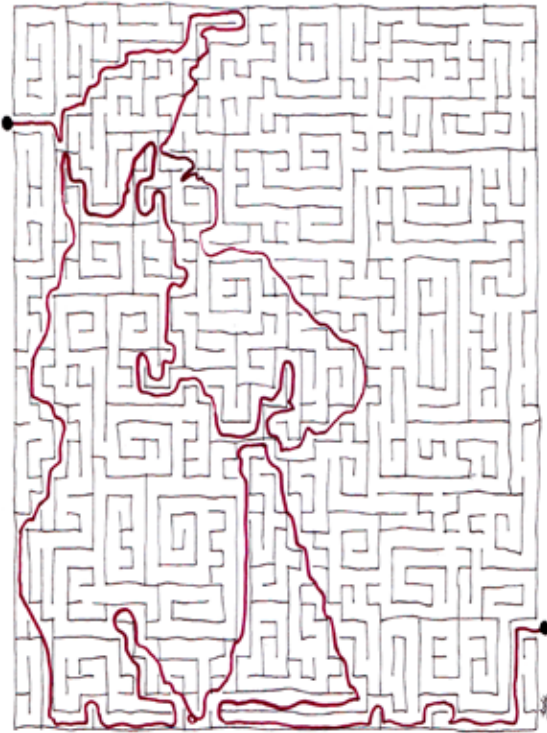
Salvador estaba intrigado. ¿De quién sería la nota? Observó las mesas circundantes, todos parecían concentrados en conversaciones con sus acompañantes o mirando al vacío. Había uno que otro comensal, parqueado como él, con cara inexpresiva.

Metió la servilleta en su bolsillo. Sacó su bolígrafo y escribió en otra servilleta: “Anoche al salir de acá, me fui a deambular por el área de *Folie Berger*. Había mucha gente. Bajaban buses de turistas bien y mal vestidos. No sé cuánto tiempo llevas por acá, pero ya mis tres años me están pidiendo un cambio. Viene el fin de semana y siento desde ya el peso de las horas...”

El Capuchino se enfriaba. Estaba entretenido con aquella nueva nota y la de su correspondiente. Jugueteaba con ella entre sus dedos al tocarla en su bolsillo.

Pensó que era un tonto, analizaba si dejar o no la nueva nota. Decidió que no le hacía daño a nadie y la colocó entre las otras servilletas, por si volvía a suceder. Seguramente, fue una broma de alguien al que le hizo gracia la primera nota que dejó olvidada. Se levantó y se fue luego de dar un vistazo por las mesas.

Así fueron pasando los días. Él escribía y recibía respuestas. Quería saber quién era su



correspondiente, si ya podía considerarlo su amigo o amiga. Comenzó a ir varias veces al día al bistro para ver si podía encontrarse con esa persona. Estaba sintiendo la presión, la curiosidad; necesitaba respuestas para sus notas.

Temiendo perder la razón, decidió un día, de buenas a primeras, suspender las visitas a ese lugar y cualquier contacto.

Se fue al otro bistro ubicado tres cuadras más arriba. Se sentó en una mesita redonda. Vio el servilletero. Estaba anonadado... ¡No podía ser! Había una nota escrita en la servilleta. Salgo para España de la estación Central. Te espero hoy a las 2 p.m. en el andén número 4.

---

SONIA EHLERS PRESTÁN. Panameña nacida en México D:F:, en 1949. Libros: *Presencia de Pedro Prestán* (1999); *Concepción para cuentos* (2005); *Concepción para cuentos II* (2008).